

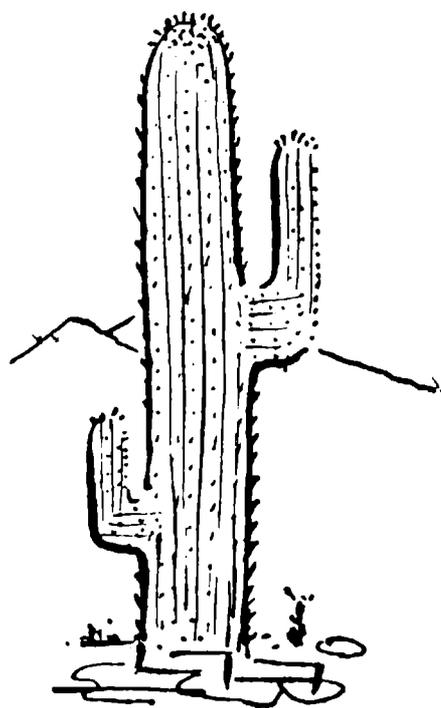
# HUMAHUACA

## UNA VISION PARA EL ARTISTA

He tornado a pensar, como tantas veces, en la Quebrada, esa vena jujeña que late fuertemente dentro de mí, con esa sangre viril de la raza, tranquila a veces, pero capaz, como sus ríos, de desbordar sus límites, y mis ojos ansiaron y revivieron nuevamente el paisaje. Estación Güemes: comienza la marcha, jadea... jadea... jadea..., avanza con un jadeo de can, pesada, tenazmente. Viejo tren mordedor de cremalleras, que va dejando atrás los nombres más sugestivos: Tumbaya, Tilcara, Pumamarca...

Es como si los cardones salieran al encuentro del recién llegado con su saludo de brazos en alto. Algunos brindan sus flores, y los niños, con la abierta flor de sus ojos, también brazos en alto, ofrecen sus quesillos, sus paltas, y el vientre exiguo de precarias carretillas a las pesadas valijas turísticas. Pero no es una tarjeta turística esa Humahuaca esencial, de callecitas trazadas con plantas de pies calientes; de casas pobres hechas con barro de hermanos muertos que aún parecen buscar caricias en las manos que lo amasan; de coyitas con ojos abiertos en asombro profundo y misterioso, como las noches pobladas por las pupilas del Pujllay; de piedras como rostros asombrados, interrogadores al cielo de la Quebrada; del coya ancestral en que gime la nostalgia de la Pachamama, de alma pura como el alma de los niños.

Y bien. ¿Cómo se ubica el artista pintor frente a la gente y al paisaje que se le ofrece? No hay alternativa, porque la única ubicación posible es la de sub-



*Ismael Calvo Perotti*

## CARNET DE VIAJE

yugamiento, fuente inspiradora de un real y auténtico arte argentino.

Frente a ella estábamos, y Humahuaca, de mañana, es luminosa y clara. Entre sus angostas callejuelas se aparece siempre alguna coyita madrugadora, con su canastilla de frutas o quesillos, rumbo a la estación o al mercado, vestida con su falda y poncho multicolores como sus cerros, su sombrerito en el casquete, sus negras trenzas, negras como sus ojos, su chuspa coquera y a veces con su guagua o changuito colgado a las espaldas.

Hay que andar, apresar, con la sola mirada, gentes, gestos, líneas y paisajes, todo el color. Hay que andar, y cruzamos las vías del ferrocarril y también el ancho Río Grande, con su lecho de piedras y unos hilillos de agua clara y pura que serpentea entre ellas. En la otra orilla vemos avanzar una coyita con su guagua guiando a sus borriquillos cargados de leña. ¡Ya está el motivo! ¡Ya está el "quid" para la re-creación plástica!

Qué paz se respira en ese ambiente de cerros pintarrajeados de rojo, verde, violados, ocre, naranjas, azules, amarillos... sin motores que aturden, rodeados de esas montañas fabulosas que no parecen reales por su magnificencia y sus colores, que se brinda y desbordan a la paleta y al pincel más ávido.

La sed se abreva en un ojo de agua, que sale porque sí, de entre las arenas del río, agua fresca, limpia, que aún sentimos dentro de nosotros cuando seguimos escalando los cerros, sumergiéndonos en un mundo que creemos solamente nuestro. Y debe ser así. Humahuaca se adentra en uno y es ella y uno palpitando juntos, con esa fuerza del espíritu que es más fuerte que cual-

quier otro vínculo. Es Humahuaca brindándose enteramente, como una amante, en sus flores de amor, dolor, pureza... rojas... azules... blancas... Miramos los hermosos valles, las imponentes montañas, y luego volcamos nuestras pupilas hacia nuestros pies. Estamos rodeados de pencas y churquis, de piedras y flores. Una sensación honda nos apresa al sentir que lo más grande y majestuoso como lo más pequeño, tienen tal paralelo y similitud en su sentido, que la emoción es exactamente la misma.

Llenamos nuestras pupilas de colores y formas y retornamos. En el trayecto el cielo oscurece, el sol se esconde, los cerros se vuelven plomizos, y nos apresuramos a cruzar el lecho del río, pues al rato esas serpentinas de agua se convertirán en furia desatada que arrastrará enormes piedras en su camino. Es que en los cerros ha comenzado a llover, y antes de llegar al hotel nos encontramos con un changuito que será desde ese momento un amigo para toda nuestra vida: Asunción Chauque, que me reconocerá siempre, para siempre, como "el hombre de campera azul que conocí el día del trueno".

Desde entonces será amigo inseparable, y está ahora aquí, en estas regiones distintas, hablándome desde la tela en que se plasmaron sus perfiles y su espíritu. En él sintetizamos a todos los niños quebradeños, ojos hermosos y negros: deben ser así de tanto mirar los cerros.

Pasa la tormenta y la luz lo vuelve a inundar todo. Las callecitas de piedra bocha se muestran con sus caras limpias, cercano el atardecer. ¡Qué atardeceres estos humahuaqueños! Los ocre y oros dominan por doquier. El sol pareciera querer resistirse a ocultarse y se

## CARNET DE VIAJE

extasía, como el artista ante su propia obra, después de poner en las montañas más altas, la gama de colores rojos como últimas pinceladas.

Se oye una caja cada vez más cerca, y una voz que también se acerca hasta hacerse nítida:

*“Que bicho es el gavián  
que come la carne cruda;  
yo también ei de comer  
si la fortuna me ayuda”.*

La noche viene envuelta en la capa del Pujllay. Mañana es carnaval y el diablo esa noche no duerme. Al despertar el día ya se oyen las queñas y cajas, charangos y bombos, sicures y anatas, que bajan de los cerros. Ya llega el borriquillo desorejado portando al Pujllay y tras él la “banderera” llevando la bandera del carnavalito mientras los músicos hacen oír las notas que hacen decir a los bailarines: “de lejos vengo veditay, y aquí te traigo una florcitay”.

Carnaval de la Quebrada, música y danza, chicha y vino, fiesta de los corazones, coya, mito y realidad, cuadro vivo insuperable, envidia del artista, integración de indios y paisaje, una sola cosa. ¡Siete días con sus siete noches de olvido! El Pujllay también embriaga, los carnavalitos se suceden por las calles y senderos, vueltas y revueltas, puentes en pareja, círculo que encierra a los músicos, forman calle: “de lejos vengo veditay, y aquí te traigo una florcitay”...

Bailan y bailan, canta y cantan, y en tus montañas, Humahuaca, quedan como grabadas las canciones y las notas musicales que se convierten en colores o revientan en flores hermosas. ¿O es

que los colores de sus cerros y las flores de sus cardones dan a luz esa música?

En la última noche, más oscura que las demás, muere el Pujllay. Hay que enterrarlo. ¿Dónde?... En un cerro, arriba, bien arriba, los bombos y las cajas dicen sus lamentos, las anatas lloran. Ya enterraron al Pujllay y junto con él los frutos de la tierra.

Ya está hecha la pacheta donde el Pujllay descansa. Hay lamentos y gritos y la música parece ahora más triste: es que ha muerto el carnaval de la quebrada y en esos rostros morenos, brillosos a la luz de algunos pocos faroles, surgen unos ojos aún más negros que la noche, de una coyita que repara en nuestra presencia absurda. Pues lo único absolutamente absurdo en la escena, éramos nosotros.

Ya estaba proclamada la “banderera” del año próximo, y al agitarse la bandera nos pareció ver un enorme Pujllay formado por ese agruparse entre luz y sombra de los coyas. Era medianoche y el descenso de la montaña haría azaroso. ¡Tan sólo la una! Y el espíritu del Pujllay parecía entretenerse en espionarnos los pies a cada paso o darnos invisibles empujoncitos para que resbaláramos. Había así que pagar nuestra curiosidad. Luego, en la habitación oscura comenzaron a danzar coyas que salían de los enormes ojos del Pujllay, rostros morenos y “machaos” que pronto se convertían en azules cabezotas de gato. Gritos y cantos, tam-tam de cajas y lamentos de anatas. Imágenes en vuelo y revuelo que fueron desvaneciéndose con las primeras luces de día. claro, hospitalario, firme como esa tierra maravillosa del Jujuy magnífico, paraíso de un artista, que en ella habrá de sentirse como auténticamente entrañado con lo nuestro, para siempre.